

tario mundial es bastante caótico y que algo no ha funcionado en la aplicación de la teoría del desarrollo. En suma, si hoy estamos sufriendo el mundo orwelliano el horizonte tampoco es nítido y nos demanda nuevas soluciones para los viejos problemas de la convivencia.

#### NOTAS

- AGOSTINI (1982). *Calendario Atlante* del Instituto... Novara. Italia.  
 GATT (1958 ) 1980/81). *Informe sobre el comercio Internacional*.  
 HITLER, A. (1974). *Mi lucha*. Petronio S.A., Barcelona.  
 MARTINEZ RODA, F. (1983). Comercio y transportes internacionales. Cincel Kapelusz.  
 ORWELL, G (1980). *Nineteen Eighty-Four*. Pinguin.  
 STALIN, J (1938). *Doctrine de l'URSS*. Flammarion.  
 TAMAMES, R (1973). "España Contemporánea". *Historia de España*, vol. VII, Alianza Universidad.

### SITUACION DEL MUNDO CONTEMPORANEO: EL SISTEMA DE BLOQUES

Juan José ANDRÉU OCARIZ

El actual sistema de bloques imperante en el mundo no es un hecho fortuito, sino el resultado de una larga concatenación de hechos históricos. Por ello, el primer interrogante que plantea es el por qué se ha llegado a esta situación. Las causas, sumamente complejas, son el resultado de la evolución histórica: ha habido siempre en el mundo una tendencia a integrar regiones naturales (valles de los grandes ríos, islas, etc.) en unidades políticas, que, una vez consolidadas, trataron de extender su dominio a las regiones limítrofes, apareciendo así, los grandes imperios. La limitación de los medios de transporte, de sus propias estructuras, y de su capacidad de asimilación, motivó que la expansión de los mismos quedase circunscrita a áreas parciales continentales (Imperio chino) o intercontinentales (Imperio romano). Fue la gran expansión europea ultramarina, iniciada por Portugal y continuada por España, Inglaterra, Francia y Holanda, la que abrió unos horizontes insospechados.

La fuerza motriz impulsora de dicha expansión fue fundamentalmente de carácter económico, y, a través de una economía de

mercado, la Historia se hizo planetaria, y ello, unido a la técnica moderna, ha hecho posible que todos los pueblos y culturas se encuentren hoy en estrecho contacto.

Desde el punto de vista político, el resultado fue la aparición de una serie de imperios coloniales situados, bien en un continente (imperio ruso) o en varios (imperios portugués, español, inglés, francés y holandés), imperios que a lo largo de los siglos fueron ensanchándose con nuevas adquisiciones, o reduciéndose como consecuencia de las luchas entre las respectivas metrópolis o rebeliones internas. Posteriormente, ya en la segunda mitad del siglo XIX, dos potencias europeas, Alemania e Italia, conseguida su unidad nacional, quisieron también participar en el reparto de un mundo cuyas mejores tierras estaban ya en manos de potencias que habían iniciado antes el proceso de expansión imperialista, teniendo que conformarse con zonas de escaso valor. Dos potencias extraeuropeas, Estados Unidos y Japón, participaron también en el proceso. Las dos guerras mundiales del presente siglo alteraron de forma sustancial el equilibrio de fuerzas hasta entonces existente.

Los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, en los acuerdos de Yalta y Postdam trataron de crear un orden mundial que impidiese en el futuro el estallido de guerras como la que acababa de finalizar. Según la concepción de Roosevelt, cuatro grandes potencias, Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y China, se constituirían en guardianes del orden mundial, creando para ello un organismo, la Organización de Naciones Unidas, que tenía el precedente de la Sociedad de Naciones surgida después de la Primera Guerra Mundial, encargada de dirimir pacíficamente los conflictos que pudiesen surgir en el planeta. Sin embargo, y como resultado de la guerra y de los acuerdos mencionados, se perfilaban ya dos grandes bloques cuyas estructuras económico-sociales e ideología política eran muy distintas. Bajo influencia soviética quedaron una serie de países (Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia, Albania, Mongolia, Corea del Norte) en los que no tardaron en instalarse regímenes políticos similares al de la Unión Soviética, constituyendo un bloque de poder bajo hegemonía soviética, mientras que el resto de mundo quedaba de hecho bajo hegemonía norteamericana. Las confrontaciones entre ambos bloques no tardaron en estallar, surgiendo la llamada "guerra fría", que reveló como sueño utópico la tendencia a "un sólo mundo" surgida en los días eufóricos que precedieron y siguieron a la victoria de los Aliados.

El bloque soviético, entendiendo como tal el formado por países de regímenes comunistas, se ha ido ampliando considerablemente en el transcurso de los años: China, Viet-Nam, Laos, Camboya, Yemen del Sur, Benin, Angola, Mozambique, Etiopía, Cuba), pero dista de ser monolítico. Las diferencias de los países que lo componen en cuanto al grado de aplicación de los principios del marxismo-leninismo en los órdenes económicos y social son muy profundas, y derivan tanto de una concepción de dichos principios como de la situación económica y social existente en ellos antes de la implantación de los regímenes comunistas, así como de la forma en que dicha implantación se llevó a cabo. Han existido disidencias políticas (Yugoslavia fue el primer caso), presiones para mantener el status existente (Polonia) e incluso intervenciones militares (Hungría, Checoslovaquia).

En lo que respecta al bloque Occidental, un fenómeno de capital importancia, la descolonización, ha alterado sustancialmente la situación existente al término de la Segunda Guerra Mundial. El nacionalismo y deseos de independencia de los países coloniales contaron con el apoyo de las dos superpotencias: bajo la presión de los Estados Unidos por razones económicas e ideológicas, y de la Unión Soviética, que en numerosas ocasiones prestó a los rebeldes tanto ayuda política como militar (formación de cuadros militares, suministro de material bélico), las potencias coloniales europeas fueron concediendo la independencia a sus colonias, en algunas ocasiones, como en el caso de Argelia, tras duras luchas, en otras, pacíficamente. Los intentos de salvar en lo posible su antigua posición de privilegio articulado las ex Colonias en grandes unidades de estructura casi federativa, como la Commonwealth británica y la Unión Francesa, fracasaron políticamente, mientras que en el plano económico las antiguas metrópolis eran en parte desbancadas por la competencia comercial norteamericana y de otros países (Japón, Alemania). Algunos países, tras su independencia, se alejaron del bloque Occidental y pasaron a engrosar, o a estar próximos, al bloque soviético.

Este fenómeno se produjo en poco más de dos décadas, y los nuevos estados trataron de superar su pasado colonial, encontrarse a sí mismos, y participar en pie de igualdad en la política internacional. Les unían dos factores comunes: su pasado colonial y la aspiración al desarrollo. La llamada a la mutua cooperación provino del líder indio Nehru, plasmándose en la Conferencia celebrada en 1955 en Bandung, donde acudieron representantes de 23 estados

asiáticos y 6 africanos, y en la que tras una serie de advertencias a las grandes potencias se expuso la idea de la formación de un tercer bloque por parte de los países asiáticos y africanos, bloque pacifista y neutralista, que expresaba su voluntad de mantenerse al margen de los dos bloques de poder existentes y llevar a cabo una política común en favor de la paz y el desarrollo pacífico.

Aunque el tiempo fue disipando las fervorosas ilusiones de los comienzos, el mensaje de Bandung, cuyos principales impulsores en los años siguientes fueron Nehru, Tito y Nasser, permanece latente, y el tercer bloque está incidiendo de una forma cada vez más profunda en todas las actividades internacionales.

Todos los países de lo que ha venido en llamarse el Tercer Mundo tienen problemas comunes en los planos económicos y social. En el económico, el principal es la alimentación: un alto porcentaje de sus habitantes pasa hambre o está subalimentado, con las graves consecuencias que ello conlleva en el orden biológico, tanto por el alto índice de mortalidad infantil como por las taras de los supervivientes, que quedan con el cerebro dañado o el cuerpo lisiado con carácter permanente a causa de la subalimentación.

La producción agrícola ha registrado un aumento considerable debido a nuevas roturaciones y sistemas de regadío, pero el elevado crecimiento demográfico absorbe con creces el aumento de la misma, y, en algunos países la producción alimenticia per capita ha disminuido. Las disponibilidades de tierras roturables son limitadas; en algunas zonas la tala de bosques y el pastoreo de las sabanas han erosionado y desertizado el suelo, obligando al abandono de los cultivos. Existen todavía importantes reservas y la posibilidad de cultivar tierras marginales, pero el coste de las roturaciones resulta en muchos casos prohibitivo. La posibilidad de compras alimenticias a los países que cuentan con grandes excedentes está dificultada por el constante aumento de los precios, y constituyen una remora para el desarrollo económico de los países compradores, al tener que destinar a ellas las escasas divisas que poseen en vez de a inversiones que lo fomentarían.

Más que ganar para el cultivo nuevas tierras, en ocasiones inexistentes o escasas, la solución estribaría en el aumento de la productividad de las que se cultivan y en una redistribución de la propiedad, ya que el latifundio y el minifundio, que suelen darse con prodigalidad en dichos países constituyen un despilfarro de suelo y de trabajo. En lo que respecta al aumento de la productividad, en numerosos casos hay que descartar una mecanización que libe-

raría una mano de obra agraria que al no poder encontrar acogida en la industria, escasamente desarrollada, generaría un aumento del paro. La mejora en la calidad de los cultivos puede constituir una solución acertada, pero ello tropieza con dificultades.

El proceso de industrialización ha sido muy desigual. Durante la época colonial dichos países fueron considerados como productores de materias primas y consumidores de los productos industriales de las respectivas metrópolis, de modo que, al alcanzar la independencia, su desarrollo industrial era escaso. El fomento del mismo se consideró necesario por lo que podía suponer en cuanto a creación de puestos de trabajo y ahorro de divisas. De ahí las medidas estatales de tarifas aduaneras que gravaban las importaciones, subvenciones, exenciones fiscales y tarifas preferentes para las importaciones de materias primas y bienes de equipo, pero los resultados, en conjunto, no fueron excesivamente satisfactorios, pese a que en ocasiones grandes empresas extranjeras establecieron fábricas en los países de mayor población. Era necesario importar los equipos que las nuevas fábricas necesitaban, materias primas, productos semielaborados, piezas de repuesto, y, no obstante lo barato de la mano de obra, el coste de la producción superaba a veces el precio de la producción de los mismos productos ya fabricados. A ello había que añadir deficiencias en la producción, y, especialmente, que la capacidad adquisitiva de las masas era escasa, creándose excesos de producción.

Por otra parte, y a diferencia de la primera fase de la revolución industrial. Las técnicas y métodos de dirección industriales son complicados y con tendencia a unas exigencias cada vez más altas. La industria depende de un regular suministro energético, un elevado número de proveedores, de especialistas y obreros cualificados, que no suelen abundar en los países en vías de desarrollo, y la contratación de técnicos extranjeros, por lo elevado de sus salarios, grava la producción, debiendo limitarse a los cuadros imprescindibles.

Son grandes las diferencias existentes en el grado de desarrollo industrial de los países del Tercer Mundo. Los más pobres se limitan a fabricar bienes de consumo cotidiano, y en los pocos en que la industria ha adquirido mayor desarrollo, se ha concentrado en las grandes ciudades, no afectando, en consecuencia, a extensas regiones de los mismos.

En general, los grandes capitales necesarios para el montaje de la industria moderna, constituyen un obstáculo difícil de salvar.

Existen, no obstante, unos pocos países que han conseguido grandes éxitos mediante un proceso de industrialización destinado a la exportación. Estos países son Corea del Sur, Taiwan, Hong-Kong y Singapur, y en todos ellos se dan unas condiciones muy precisas que han hecho posible dicho proceso: población numerosa, mano de obra barata, alto rendimiento laboral e inexistencia de sindicatos que pudiesen luchar de una forma efectiva por el aumento de los salarios. Grandes empresas japonesas, norteamericanas y europeas han creado en ellos fábricas de montaje de piezas importadas para reexportación de productos semifabricados que completan su montaje en los países de origen, además de un cúmulo de industrias de carácter muy variado.

No es fácil hacer pronósticos acerca de la continuidad de la expansión pero en Corea del Sur y en Taiwan existen indicios del paso de este tipo de producción al montaje de fábricas de bienes de equipo.

Al igual que en el plano económico, en el social existen problemas comunes a los países en vías de desarrollo: de unas sociedades estamentales de tipo feudal se ha pasado bruscamente a una fase capitalista en la que la estratificación estamental está siendo sustituida por otra de clases, y junto a los antiguos grupos aristocráticos, en parte empobrecidos y en parte enriquecidos, ha surgido una minoría burguesa de la que el sector más afortunado se ha enriquecido hasta límites insospechados, mientras que un proletariado numéricamente mayoritario vive con frecuencia por debajo de los límites puramente existenciales. La renta per capita es baja, y su distribución muy desigual, con unas diferencias superiores a las de los países industrializados, y que, lejos de disminuir, en muchos casos van creciendo progresivamente.

Existe el problema del constante aumento demográfico, cuyas causas radican en el descenso de la mortalidad, debido a que la aplicación de la medicina moderna (vacunaciones masivas, medicamentos, etc.) han erradicado casi totalmente las grandes epidemias que, como la viruela, el cólera y la malaria, producían antaño una gran mortandad, y aunque ésta, especialmente la infantil, sigue siendo elevada, ha entrado en un proceso de receso, que en el futuro continuará elevando el índice de crecimiento demográfico. A ello hay que añadir el establecimiento de servicios sanitarios, mejoras en el suministro de agua y una progresiva extensión de las normas higiénicas.

Ciertamente que en estos aspectos queda largo camino por re-

correr: un elevado porcentaje de la población no tiene acceso al agua potable limpia, y ello es la causa de la elevada mortalidad infantil y del 80% de las enfermedades; la atención médica es mínima, limitándose fundamentalmente a las zonas urbanas.

El índice de natalidad, por el contrario, permanece invariable, siendo escasos los países donde ha descendido de forma sensible, y ello es comprensible por las condiciones objetivas existentes: en las zonas rurales se sigue necesitando a los hijos como fuerza de trabajo, y en numerosos países la percepción por las familias de las dotes de las hijas que contraen matrimonio constituyen para ellas una no despreciable fuente de ingresos. Se carece de servicios estatales de seguridad social frente al paro forzoso, la vejez, enfermedad o muerte del cabeza de familia, a lo que hay que sumar las inundaciones, las sequías o las plagas que afectan al ganado y que pueden privar súbitamente de sus medios de subsistencia a gran número de personas. En esta tesitura, la subsistencia de los padres en la vejez depende de su descendencia, sobre todo de la masculina. A diferencia de los países industrializados, en los que los índices de natalidad y mortalidad descendieron desde mediados del siglo XIX paralelamente, en los del Tercer Mundo se ha producido un desfase que ha tenido como consecuencia el alto índice de crecimiento demográfico actual.

Salvo casos aislados, los intentos realizados hasta el presente para frenar este índice de crecimiento apenas han afectado a la población campesina y han tenido escaso éxito por las razones expuestas, a las que podían añadirse que, por razones religiosas, los cleros católicos y musulmán son opuestos al control artificial de la natalidad.

La presión demográfica en el campo trae como consecuencia una reducción en la extensión de las pequeñas explotaciones agrarias por las particiones hereditarias, y la emigración de importantes contingentes humanos hacia las aglomeraciones urbanas, que están adquiriendo dimensiones gigantescas, con su secuencia de barrios de chabolas sin agua corriente ni servicios higiénicos.

El número de parados o subempleados aumenta constantemente en grandes proporciones, sin que la industria moderna, que por su tecnificación genera poco empleo, pueda constituir una solución inmediata, máxime teniendo en cuenta que necesita un personal cualificado difícil de encontrar en países donde el analfabetismo está muy extendido.

El resultado de todo ello es que las posibilidades de que la po-

breza y el atraso puedan superarse en un futuro próximo son mínimas, y que la distancia que separa al Tercer Mundo de los países industrializados, en vez de disminuir, está aumentando.

En el plano político, los países del Tercer Mundo han sido contemplados por parte de los industrializados como campo para la exportación de ideologías y modelos sociales, de modo que durante las luchas por su independencia y primeros años de la misma recibieron programas de desarrollo económico, social y político contradictorios, explicables por la competencia existente entre las grandes potencias para ejercer un control sobre ellos, competencia agravada por la importancia económica y estratégica de algunos, y por la necesidad de ayuda exterior para su desarrollo. La moderación inspirada en ideales liberales y humanistas han tenido en muchos de ellos escasa incidencia, predominando, por el contrario, los matices más duros de ideologías integracionistas, como el nacionalismo y el socialismo.

A determinados movimientos de liberación, y esto se acusa sensiblemente en algunos países africanos, les resultó difícil, una vez triunfantes, el paso de organizaciones de lucha a organizaciones políticas capaces de llevar a cabo un trabajo constructivo en los órdenes económico y social, y, aunque algunos han iniciado e incluso consolidado este proceso, las excepciones son numerosas.

La violencia ha estado bastante generalizada, y los conflictos se han producido a nivel internacional e interno.

Los conflictos internacionales han surgido por la confrontación de los dos grandes bloques en la guerra fría (guerra de Corea) o por antiguas rivalidades entre estados relativas a la posesión de territorios fronterizos (India-Pakistán, Etiopía-Somalia) o situados fuera de los países afectados (Grecia-Turquía por Chipre).

Todos los conflictos bélicos internacionales posteriores a la Segunda Guerra Mundial han estallado sin previa declaración formal de guerra, tal como está prescrita en la Conferencia de La Haya de 1907, y que los hechos han revelado anacrónica.

Los conflictos nacionales han tenido múltiples causas: guerras de independencia nacional que se transforman en revolución social (Viet-Nam, Angola); minorías que entran en lucha armada con la mayoría dominante, tratando de conseguir bien la autonomía (Sudán), bien la secesión (Eritrea); reacciones violentas de mayorías oprimidas contra estructuras de dominio tradicionales (Ruanda, Zanzibar).

En ocasiones las guerras civiles se complican con intervenciones

extranjeras, bien militares (Afghanistan), o sin intervención de las fuerzas armadas, para imponer regímenes del agrado de la potencia interventora (Chile).

Por parte de China se registró un intento de presentarse ante los países del Tercer Mundo como un modelo de autodesarrollo a seguir y como alternativa política a los dos bloques de poder existentes. A esto último obedeció el viaje que el primer ministro chino Chu-en-Lai realizó a varios países asiáticos y africanos a fines de 1963 y comienzos de 1964, pero las esperanzas de formar entre los países neutralistas un bloque que siguiese las directrices políticas chinas de oponerse activamente tanto a los Estados Unidos como a la Unión Soviética tuvieron escasos resultados: China no podía ofrecer al desarrollo de sus posibles seguidores tanta ayuda material como las dos superpotencias, y el resultado fue un autoaislamiento del que actualmente está haciendo esfuerzos por salir.

Dentro del Tercer Mundo se perfilan a su vez bloques de países unidos por vínculos lingüísticos, religiosos o culturales, consecuencia en ocasiones de un pasado común, que han creado en ellos una tendencia a la unidad. A veces esta tendencia no pasa de ser en la práctica más que una manifestación retórica, pues los factores disociadores son más fuertes que los que empujan a la unión, pero estos últimos van lentamente abriéndose camino y plasmándose en la creación de organismos supranacionales comunes de los más diversos órdenes (económico, cultural, etc.). Los más importantes son el bloque hispanoamericano y el árabe-islámico.

El bloque hispanoamericano posee una unidad lingüística (con la excepción del Brasil) y cultural, y unos comunes problemas de desarrollo, pero se halla muy fragmentado políticamente. Corrientes nacionalistas de tipo decimonónico son frecuentes y fuertes; existen regímenes políticos de distinto signo, a lo que hay que añadir mediatizaciones por parte de potencias extranjeras. Todo ello contrarresta los factores que empujan a la unidad e impide una mayor proyección práctica de los mismos.

El bloque islámico es sumamente heterogéneo, difiriendo mucho las estructuras económicas y sociales y los regímenes políticos de los países que lo componen. Tienen un elemento común de unión, la religión, que en el Islam no es sólo una creencia, sino un modo de vida, conformando muchos aspectos de la misma. Dentro de este grupo, quien tiene mayor peso específico es el constituido por los países árabes, entendido en su sentido más amplio, que abarca numerosos estados de Asia y Africa. El hecho de que los árabes

fueron antaño conquistadores no destructores, que consiguieron crear y difundir una elevada cultura en extensas áreas del mundo, les ha proporcionado un sentimiento de dignidad política y una tradición cultural que pervivieron bajo los cuatro siglos de dominio otomano, y que constituye actualmente el sustrato de la base sobre la que pretenden cimentar su futuro.

El proceso de modernización e industrialización se ha propagado en ellos, y con él las formas (capitalistas o socialistas) occidentales de vida, que con frecuencia han entrado en conflicto con las tradiciones islámicas. Las reacciones ante este fenómeno han sido distintas, especialmente en los sectores intelectuales: algunos de dichos sectores han aceptado sin reservas la transformación; otros han tratado de hacerla compatible con las creencias y modos de vida islámicos, conservando lo esencial de éstos; en otros se ha registrado una fuerte reacción de tipo conservadora integrista, pero con un componente revolucionario basado en el desarrollo de los principios de democracia y justicia social contenidos en el Corán. Esta última tendencia está actualmente acrecentándose con rapidez en numerosos países, pero sin constituir un movimiento unitario: en el Islam han existido desde épocas muy remotas interpretaciones y corrientes de pensamiento que condujeron a la formación de grupos religiosos entre los que han existido rivalidades y conflictos. De ahí que la actual incidencia política del integrismo se desarrolle de forma independiente en los distintos países, pese a afinidades y a veces fuertes conexiones entre los grupos, explicables por la inexistencia en el Islam de una autoridad central suprema que pudiese canalizarlos.

La existencia de importantes yacimientos petrolíferos en varios de los países que componen este bloque les proporciona un poder financiero capaz de permitirles autofinanciar su desarrollo económico e incorporación a la técnica moderna más avanzada; ha contribuido a crear en ellos una nueva conciencia, y les confiere una significación especial dentro del contexto de la política internacional. Para las potencias industrializadas tienen una importancia vital, muy superior a la del resto de los países en vías de desarrollo, pero en cuanto a poderío político y militar están respecto a ellas en situación de inferioridad, y este hecho constituye una constante tentación de intervención, con el agravante de que el foco permanente de tensión derivado de la creación del Estado de Israel, induce a los protagonistas del conflicto a solicitar la presencia política en la zona de potencias extranjeras, dado que ni árabes ni israelíes es-

tán dispuestos a prescindir del apoyo político y militar de la Unión Soviética y de los Estados Unidos.

Una parte importante de los países que componen ese bloque se debate entre los intentos internos de encontrar una fórmula que les permita integrarse en el proceso general de modernización e industrialización conservando sus esencias tradicionales, y los externos de desligarse de los dos grandes bloques mundiales mediante un acercamiento mutuo para formar un frente político común. Ambos procesos están entrelazados: para liberarse de la influencia y presión de dichos bloques es necesario someterse al proceso de industrialización y modernización que choca con formas de vida tradicionales, tal como están establecidas en el Derecho Islámico, siendo preciso encontrar la fórmula de un Islam modernista que haga posible la gestación de dicho proceso en un contexto sociopolítico que conserve las esencias tradicionales. Diferentes grupos están tratando de instrumentalizar políticamente al Islam para conseguir simultáneamente los citados objetivos. El futuro dirá si la transformación de una fe en ideología política podrá sustituir como factor integrador a las corrientes nacionales, entre ellas el arabismo, que han venido desarrollándose en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial.

El mundo islámico es un mundo de expansión, y no sólo por su alto índice de crecimiento demográfico interno, sino por el proselitismo. La crisis de viejas religiones asiáticas (budismo) y africanas (animismo), ha facilitado al Islam acrecentar sus efectivos mediante una acción de captación que le está proporcionando innegables éxitos, como puede apreciarse claramente en diversos países asiáticos y en el África subsahariana.

Sin embargo, pese a esta fuerza expansiva y a la tendencia a la formación de un bloque que integre los países islámicos, no es fácil que el Islam pueda desempeñar el papel de lazo de unión supranacional para integrarlos (ni siquiera a las naciones árabes, el grupo más coherente dentro del conjunto) dada la heterogeneidad imperante tanto en los aspectos económicos, sociales, religiosos y políticos, como en las aspiraciones e intereses, a veces contrapuestos, de los países que lo componen. Los diversos intentos de unión, hasta el momento siempre fracasados, que han intentado hacerse entre países afines, son una muestra de ello.

Los actuales bloques políticos existentes en el mundo distan de ser homogéneos: en el Occidental, bajo hegemonía norteamericana, los países integrados en la Comunidad Económica Europea tien-



den a un protagonismo creciente que les lleva en ocasiones a enfrentamientos, especialmente de tipo económico, con la potencia líder, y lo mismo puede decirse respecto al Japón. En el bloque soviético, a la ya larga pugna entre China y la Unión Soviética hay que sumar las tendencias de tipo disidente que van surgiendo en países europeos. En el Tercer Mundo se van perfilando nuevos bloques en los que existen divergencias internas difíciles de salvar. Intentos continentales supranacionales, como la Organización de la Unidad Africana, o intercontinentales, tienen pocas posibilidades efectivas de convertirse en bloques coherentes, pero, por encima de estos bloques de carácter político, se percibe una simplificación de carácter económico: la de los países desarrollados ricos y la de los subdesarrollados pobres.

Estos últimos no parecen estar dispuestos a continuar permanentemente en dicha situación. Un grupo de ellos pasó en 1974 a la ofensiva utilizando el petróleo como arma en la crisis provocada por la guerra árabe-israelí de octubre de 1973. Los resultados fueron un aumento masivo en el precio del petróleo, y el que por primera vez las potencias industrializadas comprobasen el poder susceptible de ser adquirido por un bloque organizado de países en vías de desarrollo que controlen un sector vital de materias primas. El futuro dirá si ello ha sido un jalón importante en la consecución de un nuevo orden económico mundial.

Una cosa es presumible: que mientras existan las actuales diferencias entre países ricos y pobres, mientras la riqueza del mundo no esté más equitativamente distribuida, va a ser difícil que pueda cumplirse el viejo sueño de Roosevelt de un orden mundial estable.

#### BIBLIOGRAFIA

Sobre la política de los dos grandes bloques de poder su enfrentamiento, adquisición de áreas de influencia y consecuencias, la descolonización, el Tercer Mundo y su peso específico en el concierto mundial, conflictos de todo tipo surgidos tras la Segunda Guerra Mundial, intentos de formación de grandes agrupaciones supranacionales, y las perspectivas que todo ello encierra, existe una auténtica inflación bibliográfica. A título orientativo, y como síntesis que abarca, en líneas generales, toda la problemática, citaremos de obra de Wolfgang BENZ y Hermann GRAML: *Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*, Historia Universal siglo XXI. Madrid, 1982.

## APORTACION ESTILISTICA DE ORWELL A LA PROSA INGLESA

Ignacio VÁZQUEZ ORTA

El estudio de los ensayos de George Orwell nos muestra la verdadera dimensión de su personalidad como escritor. Si leemos la importante biografía que Bernard Crick dedicó hace unos años a la figura del escritor inglés, obtenemos como clave fundamental de su obra su condición de escritor político. En uno de sus más bellos artículos<sup>1</sup> el propio Orwell describió sus objetivos fundamentales como escritor: todos sus textos nacían de una preocupación social y política. Llegó incluso a escribir que su propósito era crear un estilo que diera dignidad estética al ensayo político.

No obstante lo apuntado hasta ahora, es interesante resaltar algunas afirmaciones suyas sobre su compromiso político. Orwell nos confiesa que, por talante natural, se movería más a escribir por motivos estéticos o de vanidad personal que por una finalidad política. *By nature I am a person in whom the first motives (sheer egoism, aesthetic enthusiasm...) outweigh the fourth (political objectives). In a peaceful age I might have written ornate or merely descriptive books, and might have remained almost unaware of my political loyalties*<sup>2</sup>.

1 Me refiero a "Why I write". Se halla en el volumen I de *The Collected Essays*, London, Secker & Warburg, 1968, pág. 23.

2 ORWELL, G.: *The Collected Essays* (Vol. I), pág. 26.